

EL DISTRITO

SEMANARIO MAURISTA

SUSCRIPCIÓN: 1.50 PTAS. TRIMESTRE.

DIRECTOR: ANDRES FERNÁNDEZ LÓPEZ.

PAGO ADELANTADO

NÚM. 77. — AÑO III.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Vélez-Rubio 17 de junio de 1917

DIRECCIÓN: CALLE DE CARRASCO
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: REINAS, 5 Y 7

Hoy más que antes

Como el partido maurista no es un partido de asaltantes del Poder, lejos de quebrantarlo la solución que se ha dado a la última crisis, ha fortalecido sus huestes, apresurándose éstas a testimoniar al jefe, con más entusiasmo que nunca, su adhesión y su lealtad.

Cualquier otro movimiento político que en España se hubiera iniciado, teniendo que pasar por las vicisitudes a que el maurista vive sometido; primero, siendo un maurismo sin Maura, luego sin una vaga esperanza siquiera de cristalizar en la gobernación del Estado, aspiración tan legítima como indispensable a la vitalidad de esas manifestaciones de opinión, y, por último, presenciando hoy, cuando esa opinión reclamaba, para bien de la patria, su presencia en los destinos públicos, como único y positivo remedio a los inmensos males que la afligen, la opción por la nefanda política iniciada en 1909; cualquier otro movimiento político, decimos, se habría esfumado ya radicalmente, no quedando de él a lo más sino un ligero recuerdo de su existencia.

El maurismo se yergue gallardo cada día más, y cuanto mayores son los reveses a que se le somete, mayor es su pujanza y brío para defender sus ideales, su credo, y para mantener la lealtad a su ilustre jefe, el patricio insigne, el estadista honrado y pulcro.

Y es que el maurismo no es turba de ambiciosos, de vividores, de madrugadores; es organización de hombres honrados, consecuentes, dignos, que tienen por único afán el engrandecimiento de su patria, por el amor que le tienen, que es su verdadera religión.

El amor a la patria chica, que amando a la patria chica se ama a la madre común patria, es lo que al maurismo velezano le da alientos y le conforta para perse-

verar en el camino que le trazan sus honradas aspiraciones, sin quebranto en la fe, sin vacilaciones en la adhesión y lealtad a tan preclaro jefe, y en la consecuencia que debemos, por inexcusables deberes de gratitud, al honrado político y muy querido amigo, don Procopio Pignatelli de Aragón.

Aspiraciones que sólo tienden a sustraer a nuestro amado pueblo del estado de descomposición en que le vemos, reflejo, aunque reducido a término microscópicos, de lo que a España toda ahoga, aniquila y envilece.

En estas circunstancias en que, por los que no comprenden la política más como arte de medro, se asegura que el maurismo ha pasado a mejor vida, nosotros nos sentimos orgullosos al afirmar, como lo hacemos poseídos del mayor ardimiento y entusiasmo, que hoy más que antes vivimos en las filas del gran partido a que da nombre, el hombre cumbre de la España moderna.

TIPOS REPRESENTATIVOS

Don Arsenio o los honores

Mi excelente amigo don Arsenio es uno de esos individuos que hacen buena la afirmación de que el hombre no tiene más años que los que representa. Su fé de bautismo nos dice que nació en 1850; pero por su agilidad física, por lo fresco y terso de su semblante y por el color de sus frondosas patillas, representa escasamente medio siglo; don Arsenio es rico y egoísta; dos condiciones eminentemente conservadoras de la existencia. Es, además, devoto de la Química, aunque no la ha estudiado y solo la conoce por sus efectos, que truecan la blancura de sus canas en azabache de juventud.

Es soltero y esclavo del método. No recuerda haber tenido pasiones tempestuosas; ni grandes aventuras sexuales. En materia de erotismo, fué siempre la sobriedad hecha carne y solo buscó a la mujer por lo que un letrado llamaría «fuerza mayor» fisiológica.

Por lo demás, es buen amigo, hombre cortés, ciudadano ejemplar y con-

cejal celosísimo de los deberes de su cargo. Liberales y conservadores se disputan su amistad y premian sus servicios con toda suerte de distinciones honoríficas, única debilidad que le posee. D. Arsenio habla premiosamente y su cultura apenas sale de lo más elemental del Bachillerato.

Esto no le hubiera impedido ser diputado, siéndolo, como lo son, otros que ni el Bachillerato cursaron; pero don Arsenio padece una «diatesis» catarral incompatible con los helados vientos del Guadarrama y por esta causa no ha salido ni piensa salir de su pequeña patria, la bella y riente Villamarina, de dulcísimo clima y templados aires.

Mi amigo es presidente honorario de cuatro sociedades, vocal de otras tantas corporaciones, Consejero del Banco y jefe superior de Administración civil. El malogrado Canalejas le dió la cruz de Mérito Naval por haber regalado un precioso juguete, representando un balandro, a uno de sus hijos, y Romanones le concedió la del mérito «Forestal» por haber plantado unos cuantos chopos en las puertas del Ayuntamiento.

Es caballero de la Orden de Isabel la Católica, de la de Carlos III y no sé si de la de Recesvinto. Posée, además, la cruz de la orden de Cristo de Portugal, el collar de Cristián, el del Oso Blanco. Es comendador de la legión de honor y mira con envidia a Weyler, porque posee el tolsón.

Cuando el río Guadalesco, el año 98, engrosado por furiosos temporales, rebasó sus diques de contención, penetrando como un mar pequeño en la hermosa ciudad levantina, don Arsenio adoptó felices medidas que evitaron una horrible catástrofe, y con riesgo de su vida, cooperó a la salvación de algunos infelices, bloqueados por la inundación.

La prensa publicó su retrato; los amigos le diéron un banquete de los de veinte pesetas el cubierto y sus cofrades de la coporación municipal, en sesión solemne, acordaron nombrarle hijo predilecto y acuñaron en su honor la gran medalla del «Mérito fluvial» en cuyo anverso estaba grabada la fecha de la riada y en el reverso la figura de don Arsenio dateniendo el oleaje con su bastón de concejal, como otro Neptuno administrativo.

Los días de recepción, gala o fiestas solemnes, don Arsenio refulge como custodia sagrada. Su pecho es, al par, Calvario y Muestrario de bisutería. Cruces, seis cintas y tres medallas lo

invaden por completo, llegando hasta el vasto abdomen en deslumbrante exhibición. Un elector suyo, en día de procesión, lo confundió con una imagen y cayó de rodillas ante él, en medio de las carcajadas de unos cuantos chuscos y de la turbación de don Arsenio, a quien se le cayó el largo cirio que en la diestra blandía.

Mi amigo asiste a todos los entierros cuando el muerto es de categoría, y como en semejante acto no puede lucir sus preesas oficiales, lleva un botón que representa una tibia coronada por una calavera.

Cuando el ministro de Marina estuvo en Villamarina, visitando el Arsenal, don Arsenio, apesar de su cruz del Mérito Naval, confundió los «pañoles» de un buque de guerra, con los pañales, lo que excitó la hilaridad del funcionario y también la de sus acompañantes. Don Arsenio se amoscó un tanto, pero bien pronto desapareció su enfado al ver que el ministro le invitaba a cenar, sentándole a su diestra y habilitándole los proyectos de reforma de artillado de la escuadra.

En estos últimos meses, don Arsenio parece algo curado de su manía exhibitoria y hasta aseguran que dispone en su testamento la donación al Museo de Numismática, de todas las medallas y condecoraciones que posee.

Como don Arsenio, hay muchos hombres, que teniendo dignidad y siendo ciudadanos por afectos, no se contentan con la satisfacción de sus compatriotas, sino que aspiran a distinguirse adornando sus pechos con cintas, galones y objetos de metal más o menos valiosos.

Se pagan de los «honores», que son cosas que puede dar cualquier ministro, y desdeñan el verdadero honor, que como dijo el poeta, es patrimonio del alma y tiene por cimiento la virtud.

Pascual Santacruz

Por cima de todo

En la hora precisa, en el momento supremo en que parecían reflejar los primeros albores de un nuevo amanecer nacional: cuando los corazones de los patriotas presentían, normalizando sus movimientos, el resurgimiento de aquella España noble y fuerte de otras edades; en los instantes precisos en que parecía resucitar, volver

de su letargo el alma española, cuando todo el elemento sano y robusto de la patria creía que su esfuerzo iba a ser coronado por el laurel de la victoria, después de haber usado tanto tiempo la palma del martirio; en esos instantes en que se habían acallado las ayes de dolor, las quejas de los que sufren, los lamentos de los que están sometidos a tortura, los gritos de los que padecen extravíos, las blasfemias de los escarnecidos; en esos instantes de angustia y de esperanza, de angustia por la duda, y de esperanza por la justicia de la causa, en esa hora silenciosa, en que no podía percibirse el más pequeño rumor, pues los nervios encogidos aguardaban la fórmula racional, humana, aplicable para el restablecimiento de la sinceridad, se presenta a los ojos asombrados de la opinión al fallo estu- pendo, asombroso, donde triunfa lo carcomido, la podredumbre que corría al lacerado cuerpo de la nación y que estigmatizaba el alma de la raza.

El clamor fué general, al conocer realidad tan desoladora; el espanto cundió en todos los campos en todas las causas que algo defienden, que algo noble las mueve y las hace existir, al pensar que traquilamente, serenamente, pacientemente, no pueden alcanzar ni el logro del más pequeño ideal, ni la más insignificante y justa aspiración, ni la más trivial de sus demandas cristianas y racionales.

Y en el mismo momento en que la desesperación invade el aura popular y surge amenazadora la espada de la razón, empuñada por la crispada mano de la Justicia, un corazón sublime, repleto de abnegación y nobleza, con voz serena y tranquila de apóstol, aconseja resignación y cordura en la acción, pero que se persista en la aspiración y en el procedimiento, asegurando el triunfo de la causa santa que se defiende en plazo no lejano y no malgastar en inútiles devaneos energías que son precisas para los fines educadores que están consagradas.

Escuchemos la voz del caudillo, apliquemos un sedante a nuestras impaciencias, lancemos de nuestros pechos la inquietud y la zozobra, tengamos fé en el profeta del pueblo y sigamos laborando estoicamente en la obra magna, grandiosa, que aguardamos ver rea-

lizada porque «prevalecerá ella de modo cierto, indefectible».

José G. Banderas

La capacidad y la moral de un alcalde

Nuestro director don Andrés Fernández López ha recibido de esta alcaldía la siguiente comunicación:

«Por acuerdo del Ayuntamiento de mi presidencia, le dirijo la presente para que se sirva rendir al mismo dentro del plazo de ocho días, la cuenta justificada de la recaudación de Impuestos Municipales, correspondiente al año 1909, hasta el día en que cesó en su gestión cobratoria don Andrés Pérez Soriano.

Espero me devuelva firmado el recibo del duplicado de la presente comunicación, para constancia en el expediente que se instruye sobre el servicio a que la misma se refiere.

Dios gue. a V. ms. años.—Vélez-Rubio 11 Junio 1917.—Diego M. López.

Sr. D. Andrés Fernández López, ex-alcalde de esta villa.»

Esta comunicación fué contestada en la siguiente forma:

«Contestando su oficio fecha 11 del corriente por el que se me requiere para que en el término de ocho días rinda a ese Ayuntamiento de su presidencia, la cuenta justificada de la recaudación de Impuestos Municipales, correspondiente al año 1909 hasta el día en que cesó en su gestión cobratoria don Andrés Pérez Soriano, debo manifestarle lo siguiente:

Que lamento tenerle que decir que según las vigentes disposiciones legales, no es a mí a quien dicha Corporación debe hacer mencionado requerimiento.

Dios gue. a V. ms. años.—Vélez-Rubio a 14 de Junio de 1917.—Andrés Fernández.»

Si otro fuera el alcalde de Vélez-Rubio, nada tendríamos que decir de esa comunicación primera; pero, lectores, se trata de un alcalde, Abogado de los tribunales de justicia de la nación y ex Gobernador civil (¡qué asombro!) y el hecho no merece que pase en silencio.

¿Un alcalde, que ha sido Gobernador civil y que es en la actualidad Abogado de los tribunales de justicia de la nación, que pide a un ex-alcalde la rendición de cuentas de una Recaudación de Impuestos Municipales! ¿Cosa más asombrosa se habrá visto? ¿Desconocimiento más absoluto, en cosa tan elemental, de nuestro sistema administrativo municipal, se puede imaginar?

¿Qué tal andartan aquellos gobiernos civiles, y cómo andarán estas alcaldías con estas capacidades y... líquidos.

La moral corre parejas. En el juicio de desahucio que ha tenido que interponer la dueña de la casa en que se halla instalada la 2.ª Escuela elemental de niños, de esta población, por la *genealid* de hacer ocho años que no se le pagan los alquileres, en cuyo juicio ha sido demandado el Síndico de este ayuntamiento, como repre-

sentante legal suyo, se ha excepcionado que ese Regidor carece de personalidad y que ha debido dirigirse la demanda contra el alcalde.

Claro es que nosotros no vamos a ocuparnos de esta cuestión en su aspecto legal, porque no sabemos una palabra de lo que reservado está para los Abogados de los tribunales de justicia; mas bajo el otro aspecto, ¿es moral que el dueño de una finca arrendada, a quien no se le paga el precio del arriendo hace ocho años, se le quiera imponer por tales artes ese contrato, por quien de tal manera lo cumple y lo respeta?

Pero no pára aquí la moral de nuestro alcalde.

¿Es moral que a esa dueña se le haya embargado, como sucedió el día 14 del actual, por 1400 pesetas de consumos, debiéndole a ella quien le ejecuta, que es el municipio, más de 2500 pesetas?

¿Es moral que a esa misma dueña, se le hayan llevado por apremios más de doscientas pesetas, cuando ella no abonó en el plazo voluntario sus descubiertos, porque un alcalde le dijo «que no pagara, supuesto que a ella se le debía»?

¿Qué le parecen a «Heraldo de los Vélez» estas cosas que se desarrollan dentro de esa misma iglesia, cuya grandeza nos pinta?

¡Valiente iglesia y valientes feligreses sostienen su culto! Y vamos, que esto se haga por alcaldes que no se les nota erupción moralidad, pase; pero que las lleve a cabo quien viene en continua predicación del orden, de la regeneración, de la paz, de la moralidad, de cosa de decirle, cuando se deja oír: que mañana me afeitará.

Coloquios Intimos

(Segunda serie)

LUGAR

Pueblo de los eternos jeroglíficos, villa pintoresca gobernada por un Alcalde de *empujón* en su zuecramiento, de moralidad en sus propósitos, con sobriño en su actuación. Por sus poco o nada urbanizadas calles transitan numerosas personas que llevan retratadas en sus semblantes la estupefacción y asombro, propios del que no cree lo que ve y duda de lo que le dicen.—Es de día o de noche, conforme le agrade al lector.

EPOCA

La actual, ¡que es de oro!

PERSONAJES

Casi todos los que figuraban en la primera serie de estos coloquios, y además los que las circunstancias demanden y nosotros oigamos, pues, no queremos, en modo alguno, llevar el engaño a nuestros benévolos y queridos suscriptores.

ESCENA PRIMERA,

que bien pudiera ser única e interminable.

Cándido, joven simpático y agradable, aun cuando tiene mucho, como su nombre lo indica, de candor, ingenuidad y sencillez, sentado en uno de los escasos y averiados bancos que existen en la espaciosa plaza del citado pueblo, está leyendo, con avidez y significativas muestras de regocijo, un periódico.

A él se acerca y cabe él se sienta el tío Veritades, hombre de edad algo avanzada, rostro venerable, sonrisa sarcástica y algún tanto mordaz; de espíritu sereno, inteligente y experimentado, que le hace ver la realidad de las cosas a través de todas las cortezas con que la sociedad contemporánea y el egoísmo de las gentes y, sobre todo, el apego al mez-

quino sueldo que da a disfrutar la madre *politica*, tratan de cubrirlas y desfiguradas.

—Dios te guarde, amigo Cándido

—El proteja al tío Veritades... ¿Ha leído usted el nuevo periódico?

—¿Nuevo periódico?... ¡Aver, aver! ¿Qué es lo que dice?... ¡Nuevo periódico en este pueblecito?... ¿Y cual es el título de la naciente criatura?... ¿Que fines persigue?... ¿Qué política defiende?... ¿Quiénes son sus progenitores?... ¿Cuándo?...

—¡Por Dios tío Veritades! No me ensarte usted tantas preguntas en tan poco tiempo, que no parece sino que reza la letanía como lo hacen las beatas del desengaño, y más valiera que esa facilidad y ligereza en el decir la tuviera una autoridad que yo conozco, y así no nos desesperaría con los difusos é interminables relatos que nos suelta cuando nos da cuenta de las hazañas por él realizadas en sus inolvidables Gobiernos. Aquí tiene usted el periódico; tómelo, examínelo y sacará del análisis las contestaciones que desea y que yo no me atrevo a darle por dos razones; la primera, porque no entiendo de esas mareas, y la segunda porque nada de lo que le digo merecen su fé y aprobación.

—¡Ya, ya! ¡Siempre, estás con la misma cantinela! No; no es que yo deje de dar crédito a tus palabras, sino que tus pocos años y tu excesiva bondad te hacen tener por hombres santos a los que de ni nombre siquiera conocen la santidad, y por seres veraces y formales a los que de la mentira viven y con la hipocresía medran, y esto que es tu capital defecto cuando del trato general de las gentes se trata, sube de punto y adquiere tonos más graves cuando se refiere a los políticos que hoy se usan en este rincón de España, ¡Ay, Cándido! En estos últimos no encontrarás más que falacias y mentiras cubiertas con el falso ropel de palabras buenas y pomposas, con las que consiguen el puesto A., el empleo B., o el sueldo X, que es a lo que se aspira y por lo que, a veces, se sacrifica aquello que de más precio y de más mérito existe en el hombre, a saber, la dignidad, la consecuencia y la lealtad... Pero dejémosnos de sermones y vamos al grano. ¿Cómo se llama ese nuevo papelito que en tus manos tienes?

—Heraldo de los Vélez.

—¡Cáspita! Me gusta el título. ¡Heraldo de los Vélez! A historia me huele y de Archivos se nutrirá... ¿Su director?

—D. Fernando Palanques Ayén, escritor culto, erudito literato, eximio historiador y conspicuo patriota...

El Tío Veritades, (gritando a Bercelio que por allí pasaba) Eh; amigo ¿Que no se te olvide mandarme la *Mantequilla de cacao* y la *Vaselina alba purísima* que me ha prescrito el ínclito «Dr. Hipócrates». ¡Estas malditas narices no quieren oler y es preciso que huelan!—(Dirigiéndose a Cándido). Con que dices que su director...

—No lo ha oído usted?

—Si, si, y me place. Vamos adelante. Y que nos dice en su artículo de presentación el culto paisano.

—Pues... verá usted. Haciendo mérito de un testimonio del gran Mr. Myllerand... ¿Conoce usted a Myllerand?

—No; ni conozco a Myllerand ni tengo interés en conocer a ningún franchise.

—Pues bien, acogiéndose al dicho del periodista ultrapirenaico dice, que le bastaría para hacer la presentación al público de su periódico, con estampar a la cabeza del mismo la lista de sus redactores y colaboradores, cuyos solos nombres serán predicción y garantía...

—¿Con hipoteca?

—¡Ya está usted con bromas!... Dice que sus redactores y colaboradores, encanecidos (los que tengan canas; se entiende) en lides culturales y hártos conocidos en la vida periodística, ponen al periódico al amparo de toda maledi-

cencia y suspicacia.

—No me parece mal lo del gabacho Myllerand, y como obras son amores y no buenas razones, haz el favor de leerme esa lista grande de hombres éticos, conspicuos, culturales, patrióticos, etc., etc., que constituyen la redacción y toda la garantía—con o sin hipoteca—del simpático «Heraldo de los Vélez»... ¡Heraldo de los Vélez! ¡Qué bien suena, no es verdad?

—Déjese usted, por Dios, de chiritas, que la noche viene y no hay tiempo que perder si quiere escuchar los nombres de los preclaros e inteligentes padres de la criatura Ballesta-Moto-Llamas-López-Mirista, como le ha calificado mi abuelo.

—¡Bravo, por tu abuelo, y venga ya de esa boquita juvenil la gracia bautismal de los insignes periodistas!

Cándido, desliando el pequeño periódico, dá lectura a la lista de sus redactores y colaboradores, lectura que es interrumpida varias veces por las no escritibles interjecciones que el tío Veritates lanza al conocer algunos de los encañecidos en lides culturales, y que, al decir de Mr. Myllerand, son suficientes para dar idea acabada de la complejidad íntima y espiritual del órgano liberal.

—¿Qué le parece a usted, tío Veritates, el santoral que acabo de leerle?... Creo que no tendrá usted nada que pedir.

—¡Quita de ahí, chiquillo! ¡Pedir yo! ¡Nada de eso! ¡Si esa redacción parece una bien surtida droguería donde no faltan, desde el odorífero incienso y la suave vaselina, hasta la terrible agua regia que llega con su acción destructora al preciosísimo oro!

—Quizás lleve usted razón, y por eso será estar en esa lista el Sr. Hipócrates. ¿Para qué las medicinas sin médicos que las recete?

—El Sr. Hipócrates!... Ja, ja, ja.

—De qué se ríe usted?

—De nada... Sigue tú con el periódico; aunque si hubiéramos de dar crédito a Mr. Myllerand, con conocer algunos elementos de la redacción nos debiéramos dar por satisfechos. ¡Vágame Dios y que sociedad la nuestra y qué tiempos los que corremos!

—No dirá usted eso por este pueblo; porque aquí somos muy afortunados, muy...

—¡Afortunados. ¿Por qué?

—Oiga usted, que son sus mismas palabras: «Y por si no bastase... tenemos por fortuna, a unos kilómetros de nuestra casa, la personalidad respetable de un veterano ex-senador, de un prócer velezano, cuya significación social y privada, cuyo honrado liberalismo de abolengo, cuya experiencia y cuyos consejos, servirán... (El tío Veritates empieza a olfatear de una manera descompasada) ¿Qué es eso, tío Veritates, tiene usted moquillo?

—No, es que me parece que huelo a incienso.

—¿Pues no dice que está sin olfato?

—¡Ahí verás tú lo cargado que irá el turiferario?

—Pero ¿qué turiferario, si no estamos en la Iglesia ni pasa la procesión del Corpus?

—¡Bueno!... Pasa adelante. ¿Qué dice del gran partido liberal?

—Que es una gran cosa y que tiene por caudillos, aparte el de Madrid, tres columnas fortísimas.

—Supongo que ninguna de ellas será el valeroso D. Sancho.

—Se equivoca usted, porque ocupa el segundo lugar de la terna que se cita.

—Jesús, María y José!

—¿Ha visto usted algo malo?

—Y más que malo! Te parece poca buena cosa proclamar como jefe al mismo que se piensa derribar?

—Vamos, está usted loco!... ¿Quién ha dicho semejante cosa?

—¿Quién?... El mismo o los mismos que dijeron lo otro.

—Y qué es lo otro?

—Eas mismas cosas que ese periódico quiere desmentirle a EL DISTRITO,

y que al desmentirlas se acredita de tener poca memoria.

—Pues me está usted demostrando que ha leído ya el «Heraldo».

—Sí, ingenuo y querido ¡Cándido; si lo he leído, lo he releído y lo he meditado; sé adónde va y no ignora los fines que persigue, fines que se dan de cachetes con los medios que se emplean para la consecución de los mismos...

—¡Mucho saber es!

—¡Y tanto! Y como para prueba basta un botón, allá va este: Ese periódico que reprocha la resta y huye de la división, se ha aferrado a la suma y como factores de esta recibirá del gran partido de la moralidad del distrito la insignificante cantidad de doscientas cincuenta pesetas mensuales, que sumadas a las trescientas suscripciones con que se creen contar, darán por resultado, buenos golpes de bombo y de plátanos, acompañados de las espesas humaredas que despedirán los siempre movidos incensarios. Esto, mezclado con algunas que otras «Pinceladas Éticas», que nos dejarán turulatos, pequeñas y bien escritas biografías de personajes que figuraron en la política del país, constantes empeños en desmentir al otro periódico lo que éste diga con sólidos fundamentos de verdad y de certeza, constituirán la lectura del «Heraldo» en la poca o mucha vida que tenga.

—Vivirá mucho?

—No lo sé.

—Y habrá otro cataléptico?

—También lo ignoro. Pero si lo hubiera no se atrevería Ule a profetizar sobre su vida o muerte, pues quedó desprestigiado cuando la enfermedad del ilustre político que hoy parece gozar de salud excelente y robusta.

—¿Parece nada más?

—Sí, hijo, sí, parece nada más, porque si a él nos aproximamos y acercamos las narices oleremos y... ¡no será a rosas!...

ULE

Quisicosas

«Heraldo de los Vélez», dice que le basta para presentarse al público y dar a conocer su futura conducta, estampar a su cabeza la lista de sus redactores y colaboradores.

Exacto.

Dice también que la política es una operación de sumas y de multiplicaciones.

Así creemos nosotros que lo entiende.

Añade, que no comprende cómo sin ganar un sueldo o una gabela, se dedica el hombre a cualquier empresa o al desempeño de un cargo.

¿Cómo lo ha de comprender?

Ha sido nombrado Gobernador civil de esta provincia el señor Matamoros.

¡Pobre don Diego!

Ahora resulta que el partido liberal de este distrito tiene cuatro jefes: don Luis, don Dionisio, don Inocencio y don Diego.

El juego se ha ganado. Hay tute.

En el recurso entablado por un contribuyente contra el acuerdo de nuestro alcalde, mandando ejecutarle, ha recaído resolución enteramente favorable.

Si hay recursos que no pueden fallar. Los supremos recursos.

Se dice que y están algunos liberales del distrito buscando candidato idóneo.

¡Ojo, don Diego, que se anticipan! No hay más que apresurarse y sacar el cristo, digo el yerno, que es de los conservadores históricos.

Es tal le energía que despliega nuestro alcalde en recaudar tributos municipales, que las comisiones ejecutivas

no se dan punto de reposo, ni en la población, ni el campo

Casi todas las casas han quedado desamuebladas, por mor de los consumidores.

Con razón dicen estos pobres vecinos:

Estamos ya hasta los topes de don Diego M.^a López.

Dice «Heraldo de los Vélez» que Maura se ha marchado a América.

Veán nuestros lectores una noticia que si no fuera verdad no la daría el colega.

«Heraldo de los Vélez»

El mismo elemental deber que al novel colega local, «Heraldo de los Vélez», le impulsó a saludarnos, nos coloca a nosotros en la necesidad de corresponder a su saludo. Queda correspondido el colega.

Su principal misión, como órgano que se llama del partido liberal de este distrito, parece que ha de ser el combatirlos. Esa resulta ser su preocupación, cuando tanto ha prodigado nuestro nombre en su primer número. Está bien.

Lo que no está ni medio bien es que en el mismo número que consigna su programa de sinceridad y otros no menos honrados propósitos, comienza a hacer traición a ellos.

Tenga entendido el colega para lo sucesivo, que «El Distrito» tendrá mucho gusto en alternar en toda discusión a que quiera llevarle «Heraldo de los Vélez»; más aún, que siente verdaderos anhelos en discutir con el sobre lo divino y lo humano. Pero en el momento que le vea desviado del camino en que se colocan los que en toda discusión no llevan más objetivo que el de hacer que brille la verdad, y lo contemple, como ahora lo contempla, desmintiendo a esa verdad, que en el caso actual, sólo nos es conocida por los mismos que lo redactan, entonces tenga por seguro el colega que con nosotros no habrá trato posible.

Mantenido el error por ofuscación o por algo así, es disculpable. Los puntos de vista de nuestro contradictor merecerán nuestro mayor respeto, aun considerándolos equivocados.

Pero eso de que nos haya desmentido el colega, por afirmaciones que hemos consignado en estas columnas de hechos de que hemos sido impuestos por los redactores mismos de «Heraldo de los Vélez», eso podrá llenar el objeto que se persigue, cual es, el de justificar ante el jefe (el supremo de los consabidos cuatro) ciertas actitudes de rebeldía o ciertas contraproducentes determinaciones, pero arguye una insinceridad monstruosa, aun estando en los albores de la vida, en que todo es inocencia, presagio de futuras conductas, a que EL DISTRITO no responderá más que con el silencio, interin a este no se deba dar solución, siempre entonces de un modo compendioso y categórico.

Nó, quienes están faltos, no decimos de informaciones, por cuanto han sido nuestros informantes, sino de memoria, son algunos de los redactores más caracterizados o conspicuos del colega. Nosotros hemos afirmado y afirmamos, que la intervención del Diputado del distrito, en la cuestión del Colegio de N. S. del Rosario, y con especialidad el aplauso que por ello nosotros le tributamos, ha producido enorme contrariedad a algunos de los amigos de dicho Diputado, y muy singularmente al alcalde. Mucho celebraremos que el colega no nos siga desmintiendo, porque entonces, aunque el asunto sea nimio, nos veremos en la precisión de hablar tan claro, que hasta los sordos nos podrán entender.

También nos desmiente en sus columnas F. S. F., que se llama Secretario de este ayuntamiento, porque dijimos que el alcalde tiene dedicada una brigada de empleados en estudiar la gestión en esta alcaldía de nuestro amigo don Francisco Fernández López. Este F. S. F., se conoce que es un hombre candoroso, una paloma. Cuando hemos dicho nosotros que los que están dedicados al estudio de tal gestión sean empleados del ayuntamiento? No, no son del ayuntamiento, don F. S. F., son empleados en esa comisión o servicio, o como usted quiera llamar, y quien anda divorciado de la verdad es usted, pero a sabiendas, porque a su presencia se realizan esos trabajos, los que tal vez no han dado

el resultado apetecido, quizás por estar iniciados en mal pie, y por ello ahora se intenta desmentirlos.

Este secretario, porque nuestro dicho amigo afirmó que no se le han pedido las cuentas del Colegio de San José, como Patrono-Tesorero que fué de ese Colegio, y creyendo sin duda, en su candor, que su secretaria le obliga también a desmentir aquella información, dice que las tales cuentas han sido pedidas.

¿Que eso de que han sido pedidas? ¿A quién? ¿Al Obispo? Si es a éste, no lo desmentiremos; pero si se refiere al que ha de darlas, ese señor Secretario falta a la verdad; como no hace otra cosa asegurando que los libros capitulares del año 1882 existen (los de 81 es cierto que los hay) y que todas las responsabilidades subsidiarias que se exigen a los ayuntamientos que presidió, el actual alcalde han sido objeto de resoluciones favorables a esas entidades por la Delegación Regia de Pósitos. Una tan solo.

También se nos desmiente porque hemos dicho, que alguien ha sido expulsado del partido liberal. Esto lo sabemos por redactores del colega: a los que asimismo hemos tenido el gusto de escuchar concretas opiniones y juicios acerca del actual alcalde, tan en pugna con esa jefatura que ahora le otorga «Heraldo de los Vélez» y con los aplausos que le prodiga.

¿Qué es eso de decir en privado, «este alcalde es un hombre premicioso, es mucho más nocivo que el expulsado», y luego en el periódico, por las mismas personas, dedicarle aplausos a su gestión y llamarle jefe? ¿Es eso ponerse a tono con las teorías de Mr. Myllerand?

No, no hace bien el colega con obrar así, y menos en traer a discusión cosas tan ínfimas, tan pequeñas, cuando tantas importantes podemos estudiar. Habríamos en todas ellas de estar nosotros equivocados, y debieron pasar inadvertidas, por la nimiedad que encierran.

Por ejemplo, y ahora que nosotros nos honraríamos con tratar con «Heraldo de los Vélez» toda la cuestión del Colegio de S. José ¿no cree que ésta es de interés vital para este vecindario, sobre la que, serena y honradamente, podemos hacer mucha luz? Porque si el partido, de que es órgano «Heraldo de los Vélez», ha sido el que ha perseguido y alcanzado la destitución de la Junta de Gobierno de ese Colegio ¿no es natural que su órgano en la prensa trate de justificar esa medida, como arreglada a justicia y a razón? Así demostrará, que son infundados los cargos que a ese partido se hacen, aun por muchos de sus correligionarios.

En esta clase de cuestiones es donde debemos gastar la tinta. Lo demás lo debemos partir por estéril.

Y nada más, colega

Sueltos y Noticias

—Con su distinguida familia ha llegado de Granada, para pasar aquí la temporada de verano, nuestro excelente amigo el reputado Abogado D. Fernando Pérez Suarez.

—El Farmacéutico de esta localidad D. Fernando Sánchez Maestre, ha abierto al público su nueva farmacia, en la calle de Urrutia.

—Desde hoy forma parte de esta redacción nuestro querido amigo, el competente Médico, D. Francisco Maurandi Mieli.

—Para verificar los exámenes de prueba de curso en el Colegio de N. S. del Rosario, anoche llegó a esta villa la Comisión del Instituto de Almería, compuesta de los sabios catedráticos D. Gabriel Callejón, Director; D. Julio de Bascarán; D. Hilario del Olmo; D. Antonio Tuñón, D. Manuel Pérez y D. Baldomero Dominguez.

Sean bien venidos tan ilustres huéspedes.

—Ha contraído matrimonio con la distinguida Srta de esta localidad, Antonia Abadía, nuestro querido amigo D. Antonio Maurandi Mieli.

—Ha sido nombrado administrador del coche correo de esta a Lorca, D. Juan de la Cruz Cervantes,

—Se halla aquí el competente Médico de Vélez-Blanco, querido paisano nuestro, D. José de la Cuesta Gómez.

